



Feb. 2000

Wry

## INTENSIDAD

Diálogo con Kenneth Frampton

Casi cerrado el ciclo de los *research papers*, escritos en este año sabático en Columbia University, Kenneth Frampton me citó una tarde de abril, antes de mi preceptivo viaje trimestral a España. Y mantuvimos un diálogo cuyo interés creo suficiente como para ser transcrito tal como tuvo lugar. Quedamos en el restaurante italiano de Amsterdam Av. al que Frampton suele ir. Nos sentamos en la misma mesa de siempre, él con una copa de Riesling, y yo con un café expreso doble.

Aunque la conversación empezó con mis encendidos elogios al concierto al que había asistido, con las *Vísperas Solemnes* de Mozart<sup>1</sup>, el *Requiem* de Lauridsen<sup>2</sup> y el *Requiem* de Fauré<sup>3</sup>, en el Avery Fisher Hall del Lincoln Center, pasamos enseguida a hablar de Arquitectura. Y entonces él pronunció la palabra *intensity* como cualidad imprescindible para toda Arquitectura que merezca la pena. Y aunque yo había decidido ya cerrar el ciclo de mis *research papers*, tan interesante me pareció la charla, que tomé la determinación de transcribirla, y añadirla como adenda a mis *Principia Architectonica*.

No puedo dejar de reseñar aquí cómo Kenneth Frampton, además de estar en plena forma física y mental, sigue siendo el arquitecto, profesor y crítico más prestigioso e influyente en el mundo de la Arquitectura. No sólo por sus libros, *Modern Architecture: a Critical History*, *Studies in Tectonic Culture*, o *Labour, Work and Architecture*, sino además por su constante labor de dirección de Tesis Doctorales y trabajos de investigación desde su puesto de Ware Professor en Columbia University. Y por sus múltiples ensayos, introducciones y conferencias. Fue muy significativo el multitudinario homenaje que se le dio el pasado noviembre con motivo de su 80 cumpleaños. No faltó nadie.

Tras pronunciar la palabra mágica *Intensity*, acordamos cómo las tres condiciones deseables para un arquitecto que merezca la pena son: construir obras radicales, ejercer la docencia a fondo y elaborar textos sustanciosos con los que transmitir las razones en las que aquellos trabajos y esta docencia se basan. Ideas, dibujos y textos, como si de las tres patas de una mesa se tratara.

Y hablamos de la Belleza.

Frampton argumentó, de la mano de San Agustín, sobre la Belleza como esplendor de la Verdad.

Tras recordar a Platón en *El Banquete*, de quien San Agustín había tomado esa brillante imagen, le conté cómo había descubierto en las últimas líneas de la *Ode on a Grecian Urn* de John Keats<sup>4</sup> ese "Truth is Beauty, Beauty Truth". Y le conté del regalo que es en Nueva York el poder comprar libros estupendos y muy baratos en la calle. Y que el último había sido un libro de poemas de Keats donde había hecho ese tan poco original pero maravilloso descubrimiento.

Frampton entonces me recordó cómo en el escudo de la AA Architectural Association de Londres<sup>5</sup>, donde él había cursado la carrera de Arquitectura, estaba adornado con una cinta que rezaba: Design with Beauty, Build in Truth. Que de cierta manera resumía todo lo que estábamos hablando.

Y hablamos de Filosofía.

Me volvió a recordar a Hanna Arendt, la filósofa judía discípula de Heidegger que fue perseguida, y por la que siente predilección. Insistió en recomendarme la lectura de *The Human Condition*, su texto básico.

Él ya me había descubierto a Osip Mandelstam, el poeta ruso, también judío, encarcelado por Stalin que recitaba La Eneida de Virgilio a los otros presos en la cárcel. Su *Coloquio sobre Dante* es un texto sobre la creación artística de una belleza insuperable. Imprescindible en la biblioteca de cualquier arquitecto. El original está escrito en ruso. Yo lo tengo en castellano, en una espléndida traducción de Selma Ancira, y se lo regalé a Frampton en inglés, traducido por Clarence Brown y Robert Hughes. Desde hace tiempo lo incluyo en la bibliografía que doy a mis alumnos. Y también le recordé que él me había hablado por vez primera de John Donne, un poeta inglés del XVII, pariente de Tomás Moro, al que estoy empezando a descubrir.

Frampton habló entonces del filósofo español Ortega y Gasset, del que conocía los diálogos con Heidegger en Darmstadt de donde procede su ensayo *Meditación sobre la Técnica*.

Yo, tras recordarle cuántas veces he llevado ideas de ese escrito a mis textos, le hablé de Xavier Zubiri, discípulo de Ortega. Y de su escrito con ocasión de la concesión del Premio Nacional de Investigación en España en 1982 <sup>6</sup>. Y cómo agradecía allí a la sociedad española el reconocimiento de la Filosofía como una verdadera labor de investigación. Y yo le contaba cómo si en ese texto se cambia la palabra *Filosofía* por *Arquitectura*, el texto sigue siendo válido y muy eficaz para explicar muchas cuestiones de las que estábamos poniendo sobre la mesa. Así lo he hecho ya alguna vez.

Y hablamos de Arquitectura.

Frampton, muy generoso, me preguntó sobre mis trabajos, y yo le hablé de mi obra, ahora en construcción, frente a la Catedral en Zamora. Le describí la recia caja que estamos levantando, abierta al cielo, construida con grandes piedras como las de la Catedral. Y la delicada caja de vidrio en el interior, al abrigo de aquellos muros y de los grandes árboles que allí hemos plantado. Y de la Piedra Angular de 2,50 x 1,50 x 0,50 metros, enorme, en la esquina frente a la Catedral, donde vamos a grabar un *Corner Stone Laid January MMXII*. Como rezan las *cornerstone* de Columbia. Y de los inmensos vidrios sin costura de 6 x 3 metros, en los que grabaremos al ácido *Corner Glass Placed January MMXII*.

Él sacó a relucir sus ideas de cuando era joven, cercanas al comunismo, y cómo se han atemperado con los años, él y sus ideas. Y pasó a Aalto y a Villa Mairea, comparándola con la casa Tugendhat y Mies van der Rohe.

Hablamos maravillas del último Pritzker, Eduardo Souto de Moura. Ambos hemos escrito sendos textos para una Exposición que se viene organizando en Porto desde antes de serle concedido el premio. Le comenté que parecía raro que no hubiera formado nunca parte del jurado del Pritzker. Tras sonreír ampliamente, cambió de tema. Y hablamos de los amigos, como Toshio Nakamura. O David Chipperfield y Steven Holl, que serán los próximos Pritzker. Y volvimos a estar de acuerdo en cómo para hacer una arquitectura de calidad hacía falta dedicar muchísimo tiempo y hacer menos obras. Que el problema de muchos de los arquitectos del Star System era que hacían tantas obras que se disolvían en ellas. Y hablamos largo y tendido sobre Rem Koolhaas y sobre Herzog y De Meuron y sobre sus grandes obras en los países asiáticos.

Le conté entonces de cuando acudí a una invitación de un buen amigo arquitecto de mi misma edad, donde me comunicó que acababa de construir su obra número ¡dos mil! Y que al volver a casa, cogí vanidoso todas mis publicaciones y contabilicé que yo había construido, a lo largo de toda mi vida, sólo 37 obras. Y de cómo me entró una pequeña depresión. Y cómo aquella noche seguí leyendo una divertida biografía de Shakespeare de Bill Bryson donde, en las páginas que abrí, hablaba de las sólo 37 obras dramáticas del maestro. Y cuán feliz estoy desde entonces, tras saber aquello.

Y volvimos a poner la *intensidad* sobre la mesa. Una condición tan imprescindible como difícil de encontrar en tantas obras como se están construyendo en este ya largo tiempo dominado por la superficialidad. No le pregunté si estuvo presente en la entrega en 1982 de la Gold Medal del RIBA a Lubetkin, autor de la casa de los pingüinos del Zoo de Londres. Y en cuyo discurso contiene muchos párrafos relativos a esta falta de rigor de la Arquitectura de nuestro tiempo, y a muchos temas de los que aquí estábamos debatiendo. Pareciera estar escrito hoy, tan certeros eran sus juicios.

Y convinimos en cómo esta Intensidad en la Arquitectura habla no sólo de la Verdad necesaria para llegar a la Belleza de una obra, sino también de la fuerza que debe tener para llegar a producirnos esa Suspensión del Tiempo que sólo las mejores creaciones artísticas son capaces de provocar. Suspensión del Tiempo, que es el tema de mi último Research Paper.

El largo diálogo, a fuer de interesante, nos pareció a los dos muy corto. Tan a gusto estábamos. Pero el tiempo real apremiaba, y debimos terminar. La taza de café vacía, y vacía la copa de Riesling, y nosotros llenos de satisfacción, felices.